



**MOST REVEREND THOMAS COLLINS**  
**ARCHBISHOP OF TORONTO**

1155 Yonge Street, Toronto, Ontario M4T 1W2  
Tel: (416) 934-0606 • Fax: (416) 934-3452

17 abril, 2010

A los sacerdotes y fieles de la arquidiócesis de Toronto:

Cristo Nuestro buen Pastor, es el modelo de todos los sacerdotes, que están llamados a ser siervos santos de Nuestro Señor Resucitado. Estos son realmente días de Pascua y esperanza, sin embargo han sido dolorosos para todos nosotros los católicos. Parece ser que no ha pasado un solo día en las semanas recientes, sin que escuchemos acerca de sacerdotes católicos que han abusado sexualmente de aquellos que estaban bajo su cuidado o de la falla de sus superiores para lidiar correctamente con eso. Debemos estar agradecidos siempre cuando el mal comportamiento es revelado, porque eso conduce a la renovación, pero frente a esta crítica constante, el clero católico y los laicos pueden sentirse desanimados, enojados, confundidos y avergonzados.

Por lo tanto les ofrezco estas reflexiones.

Somos una iglesia de más de un billón de católicos en el mundo. Nos regocijamos en el testimonio fiel a Cristo dado día a día por los cristianos católicos – laicos, clero y religiosos. Sin embargo, cuando fallamos individualmente o como comunidad, tenemos que reconocerlo. Hay una buena razón por la cual Jesús dio a sus discípulos el Sacramento de la Reconciliación como un regalo de Pascua. Todos lo necesitamos.

Como lo mencioné a los sacerdotes de nuestra Arquidiócesis algunas semanas atrás en la anual Misa de Crisma.

*“Las personas esperan que aquél que es consagrado con el santo oleo del Crisma, actuará de modo ejemplar y nunca traicionará la confianza, que las personas son capaces de depositar en un sacerdote católico. Sin embargo, para nuestra vergüenza algunos han usado el don grandioso del santo sacerdocio como gratificación personal, traicionando a los inocentes y devastando sus vidas. Cuando eso pasa, nuestra principal preocupación debe ser por aquellos jóvenes inocentes que han sido abusados, para ayudarlos a aliviar su sufrimiento, y decidir tomar cualquier paso necesario para asegurarnos cuanto sea posible, que eso no pase otra vez. Todos hemos tenido que aprender a través de fallas y errores y eso es especialmente verdad respecto a obispos que algunas veces fallaron en su responsabilidad para actuar efectivamente.”*

Estos escándalos son excepciones dramáticas a la realidad fundamental de la bondad sacerdotal, pues casi todos los sacerdotes sirven fielmente, en la imitación del Buen Pastor, y la experiencia diaria de los laicos católicos de ese servicio es verdadera consolación en estos tiempos difíciles. Basta un solo sacerdote que actúe mal, para causar gran sufrimiento y como escuchamos del mal hecho por algunos miembros del clero en nuestras propias comunidades y alrededor del mundo, nos quedamos llenos de espanto. Una constante reflexión encima de esta realidad dolorosa nos reta a trabajar más efectivamente para hacer todo lo que podamos para asegurarnos de que este mal no aflija a los más vulnerables en el futuro. La realidad del abuso está enraizada profundamente en el hecho de las fallas humanas y en el mal que puede infectar al corazón humano. Se encuentra en toda la sociedad. No obstante, nunca debemos esperar que estemos libres de ella. Nunca debemos dejar de intentar hacerlo.

Durante las últimas décadas nuestras instituciones educativas, lugares de trabajo y familias han aprendido mucho acerca del impacto devastador del abuso. La Iglesia Católica ha tenido un progreso significativo, con muchas de las reformas lideradas por el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, hoy nuestro amado Papa Benedicto XVI. Todos le estamos agradecidos por ello.

Los reportes que hemos oído y leído en los medios de comunicación tienen que ver principalmente con incidentes de hace muchos años. Hay medidas preventivas ahora, que no había en el pasado, para que en la sociedad actual y en nuestra comunidad eclesial haya más seguridad. En la Arquidiócesis de Toronto, por más de 20 años hemos trabajado bajo protocolos y procedimientos sondeados para lidiar con cualquier acusación o mala conducta y nos han servido bien.

Nuestro plan Arquidiocesano “Proceso en Casos de Alegada Mala Conducta”, fue introducida inicialmente en 1989. El “Proceso”, que es fácilmente accesible en nuestra página web, es transparente y cumple todas las obligaciones legales en Ontario y Canadá. Fue revisado en 1991 y nuevamente en el 2003, pero necesitamos revisarlo de nuevo. Le pediré a un grupo cualificado de laicos, reconocidos con experiencia relevante con la juventud, la psicología, cuestiones legales y éticas, para examinar cuidadosamente lo que podamos aprender de otros grupos y para el 31 de Julio del 2010 recomendar todas las formas en que nuestro “Proceso” pueda ser más efectivo.

Este otoño, con el “Proceso” actualizado y publicado en vigor, nuestros sacerdotes y todos los que están comprometidos en el servicio pastoral de nuestra Arquidiócesis discutirán abiertamente cómo podemos responder mejor a la cuestión de abuso sexual en la Iglesia y en la sociedad.

Este es un momento especial para todos nosotros para rezar profundamente, humildemente ofreciendo a Dios la Eucaristía, la Adoración Eucarística, el Rosario, y nuestras oraciones diarias. Rezar antes que nada por cualquiera que haya sufrido violencia o abuso, en la Iglesia, en su familia, o en la sociedad. Rezar también por todos nosotros que los servimos en cualquier ministerio pastoral, para que cada día seamos fieles al ministerio que se nos ha confiado.

A los centenares de sacerdotes quienes tan fielmente sirven al pueblo de nuestra Arquidiócesis todos los días, doy gracias por su testimonio amoroso y su ejemplo inspirador de cuidado pastoral, en la imitación de Cristo el Buen Pastor. Agradezco a los fieles laicos de la Arquidiócesis, cuyo ejemplo de discipulado cristiano hace que el amor de nuestro Señor esté presente en nuestra sociedad. La Iglesia Católica sigue siendo un farol de esperanza para el mundo consciente de su fragilidad humana, pero encomendada a la Gracia Divina, humildemente buscamos servir fielmente a Nuestro Señor Resucitado durante nuestra peregrinación hacia nuestra última morada en la Jerusalén Celestial.

Que esta experiencia nos ayude a todos a crecer en santidad, más puros en la fe, más fuertes en la esperanza y más generosos en el amor.

Thomas Collins  
Arzobispo de Toronto